

Recibióla el alguacil sin gastar mas preámbulos, y se despidió; y volviéndose adentro Fernando con los viejos, cerradas las puertas, se subieron arriba, adonde como si hubiese sido verdadero el negocio, le reprendía á Valeriano, advirtiéndole que ya sus años no estaban para tales divertimientos; además de ser justo excusar cualquiera ofensa de Dios, y recogerse á procurar con su aprisionada moneda hacer bien á pobres y huérfanos, pues llegada la muerte, le había de pedir cuenta nuestro Señor de las buenas obras que podía haber hecho por su amor; y que para quitar aquella carnal ocasión de junto á sí echase de su compañía aquella vieja; pues bien echaba de ver que de no haberse metido él de por medio en aquel negocio, pues su buena fortuna le había traído á tal tiempo, se había de ver oprobiosamente tratado en el juicio de una plena sala, adonde era forzoso si le hubiesen llevado haberle de visitar con su concubina; y que qué parecería en un hombre de sus canas y honra hallarse en tal afrenta, porque él hubiera dado, cuando la cadena que cedió no bastara, hasta la camisa que traía vestida; y esto hablaba con tanto seso y arte, que parecía un orador muy prudente, sin que se pudiese sospechar lo malicioso y cauteloso de su disposición. A que le respondió disculpándose en cuanto al delito, y que en lo demás que decía, ya tenía pensada una cristiana expedición, si bien con harto furor amolinado contra quien le había levantado aquel testimonio; pero Fernando le rogó se quietase, y lo padeciese por Dios, y viese cuán bueno era tener tales personas como él en su compañía, pues por su respecto se habían aventajado tantos disgustos, y sería lo mismo aunque fueran de mayor cantidad, con que disponiéndole la cama en su acostumbrado cuarto, se fueron todos á recoger, pasándose mas de una hora sin que Fernando admitiese el sueño, muerto de risa de considerar el bien pegado chasco, ya que no se le había podido dar hurtándole algo de casa, pues tenía las llaves falsas para abrirla. Pero, como ya dijimos, había mudado lo importante á la custodia de otras diferentes, no había tenido ocasión de ello; y habiendo amanecido, oyendo el jóven á su cuidadoso padre andar como solía, poniendo y quitando alhajas y trastos de una parte á otra, con un nuevo modo de enmienda en sus vagamundas acciones, en calzon y jubon le salió á ayudar á limpiar y componer lo que él vió era necesario, con que le agradó mucho, y le dió á pensar que sería bastante la necesidad que Fernando habría pasado fuera de su casa quizá á reducirse á entender y ejercitarse en cualquier ejercicio, sin alcanzar en el calumnioso modo con que lo hacía. Y acabando de vestirse unos y otros, hablando el burlador mancebo al ya desenojado caduco, le dijo:

Bien vió vuesa merced la acción que usé anoche con aquel ministro de justicia dándole la cadena á título de redimirle y sacarle de aquel aprieto en que le hallé, lo cual hice con el celo de la conservación de ese venerable honor que tanto estimo, pues ya como mas desengañado conozco las obligaciones á que debo acudir, y

con deseo, como lo tengo propuesto, de tratar verdad de aquí adelante, le suplico no haya sido parte mi liberalidad á padecer en una rigurosa cárcel alguna molestia prision por el valor de ella, pues le hago saber es de un grande amigo mio que me la dió en confianza para empeñarla por mi orden y pagar una deuda que debía. Y yo, viendo á usted enojado y excusarle el daño y desercito que le podría venir, usando de cortés generosidad, se la entregué; y así, le ruego no dé lugar á que yo caiga en tal trabajo, pues de no acudir á darle el valor de ella al ejecutor para que él la pueda volver, y yo á su dueño satisfacerle haciendo lo que me encargó, como tengo obligación, será ocasión de quedar yo infamemente reputado, y que juzguen que la he vendido y empleado su mouto en los acostumbrados viejos que de mí saben, cosa á que usted, por ser su sangre y causa propia en lo que la consumi, no debe dar lugar; que si me hallara con caudal para poder hacer esto sin darle cuenta de ello, crea de mi advertido conocimiento, en que ya he caído, lo hiciera, trocando con mucha voluntad el quedar me destituido de remedio por excusarle este disgusto.

Quedó Valeriano, oyendo este soliloquio, pasmado, porque todo lo que era pedirle aun seis maravillas le causaba notable desconuelo, y tanto, que reventando de sentimiento, daba gritos como un loco, diciéndole á Fernando que quién le había metido á él en hacerse tan magnífico á costa de bolsa ajena, y que no servía de mas que de darle pesados disgustos, pues él hubiera compuesto la ejecución á que aspiraba el alguacil con cuatro reales mas de los dos que le había ofrecido si á él no le hubiera traído su mala suerte en aquella ocasión, haciendo muy de la majestuosa persona semejantes traiciones contra la idolatrada plata, que con el enojo que tenía no había reparado en la dádiva. Y oyendo el fingido mancebo este alboroto, callaba humilde y simuladamente, aunque decía que á lo hecho no había mas remedio que mostrar valor, si bien él estaba muy pesaroso de haberle dado pena con lo mismo que imaginó que mas le agradaba, pero que su mala fortuna no daba lugar á que sus obras pareciesen buenas, y que así él se ausentaba de la ciudad para no ponerse á padecer los daños que por aquello le podrían venir, desenterrándose de su patria á trueque de que él guardase su avariciable dinero. Con que el lastimado mohatrero, gimiendo por la que ya juzgaba difunta cantidad, se la entregó con mil maldiciones, diciendo que si él fuera á dar cuenta á un juez superior, no se hicieran con él aquellas bellaquerías; pero que lo excusaba por no aventurar, ni su reputación ni la del ministro, quien podría ser le fuese causa de mayores daños si tal hacía. Tomóla Guzman, y en breve tiempo la partió con el ejecutor, contándole graciosamente las cosas que había dicho su tío, desposeyéndole de ella, quedando Valeriano dando mil nuevas trazas para hacer alguna crecida logrería para suplir aquel que decía había sido hurto á letra vista. No se descuidaba Fernando de darle pesadumbres á su anciano padre, antes se las procuraba

por diferentes y no usados medios, á título de acortarle los pocos dias de vida que su senectud prometia, por entrar de hoz y de coz á gozar de toda la recogida pella con nombre de su hijo natural, de que ya había hecho artificiosamente una falsa información para echarse sobre todo luego que, como dicen, cerrase el ojo, suponiendo en ella ser su madre una criada de la que le había parido, habiéndole habido en ella quitándole su honestidad.

Y así, luego que se volvió á agregar á su compañía, trató un dia de sacarle á holgar á una heredad de campo cerca de la ciudad, que era de un conocido suyo, quien le dijo le había dado licencia para hacerlo, proponiéndole al avaro extranjero desear divertirse de sus floridos años, quien le había convidado, y pedídole le llevase á él al convite. Siendo así que el bellaconazo le costeaba todo solo á fin de efectuar sus pensadas burlas, si no sucedía como imaginaba en la salida, teniendo avisados á los de la confederación que si á las seis de la mañana no estaban allá con ellos, no los esperasen. Y aunque el viejo le replicó por no dejar sola á Elena en casa, le redujo Fernando á que madrugarian, y volverían temprano á ella, pues ya le tenía buscada una buena cabalgadura en que fuese, muy mansa y de lindo y aseado paso. Con que viendo Valeriano el ruego y que solo aventuraba en aquella ida el gastar algo mas sus encías comiendo de mogollon, pues los dientes y muelas ya habían pasado su carrera, dijo se prevendría para el domingo siguiente, que era cuando su hijo decía habían de hacer el alegre viaje.

En el ínterin que se llegó la hora de la aplazada fiesta, se fué Guzman al meson que llaman del Blanquillo, que está en el barrio del Candilejo, donde sabía se aposentaba de ordinario un mozo de mulas conocido, llamado Animacolorada, al cual contándole la buena obra que á su padre le quería hacer, le rogó le diese la caballería que de mas malas mañas y resabios tuviese, y aderezada con una silla y guarniciones que él le daría, para el domingo que se seguía se la llevase muy de mañana á casa del engañado viejo, diciendo que don Juan, su señor, le enviaba, pues con esto pensaba acabar de una vez con él para salir de duelos en lo temporal, sin reparar en el delito que cometía contra Dios, ni riguroso castigo que suele dar á quien no pone enmienda en sus pecados, entrando mediante la buena diligencia del cosquilloso y mohino animal, del que ya juzgaba difunto de algun buen porrazo que le diese. Aprendió el mozo, mas bellaco que hobo, la instrucción que se le dió cogiendo un doblon por paga, y con tanta atención estuvo, que llegada la hora señalada, fué á casa del avariento extranjero con una aderezada y peinada mulita, tan compuesta y aseada, que parecía una oveja mansa; y dándole á Fernando el supuesto recado, al punto trató de que se pusiesen á caballo, tomando él uno harto brioso que á la puerta tenía, haciendo subir al desani-

mado viejo en la maliciosa galiciana, ayudándole á ello Animacolorada, á quien como á su dueño conocía el receloso animal, y de quien se dejaba sujetar, y no de otra persona si no era con mucha dificultad, menos que yendo en mucha tropa de cabalgaduras. Y apenas hubo aderezado en la silla á Valeriano, cuando de intento se desvió de junto á él; y á toda prisa se encubrió traspasando la esquina de la primera calle; y conociendo la mula el liviano costal de huesos que tenía á cuestras y mala sujeción de freno que se le ponía, cuando empezó á saltar de piés y manos, dando tan temerarios corcovos, bufidos y vueltas, que traía al viejo bailando sobre los lomos, dando dos mil gritos á su hijo, que de astuto intento se había dejado ir á buen paso con su caballo á título de que guiaba. Y como era la salida luego que amaneció, no había en toda la calle persona que le favoreciese, de manera que, asido de la silla y clines, rendido como un atun sobre el arzon, se dejó ir adonde la coceadora irracional le llevó, que á toda carrera partió al meson de donde la habían sacado y tenía su compañera; y al entrar de la puerta, atajándola el mozo de paja y cebada, levantando las ancas por quitar el estorbo que se le oponía, dió un brinco tan alto, que, despidiendo la carga, le hizo medir el suelo con cabeza y piés al arrepentido caminante. Y viendo la gente de casa aquel anciano espectáculo tan maltratado, decían que había andado muy mal el mozo de mulas en dar aquel endemoniado animal á persona de tanta edad. Y ya que cargaban al bueno de Valeriano para llevarle á una cama, llegó Fernando á toda prisa, haciendo muy del sentido, diciendo que semejante engaño pedía un cruel castigo, dándole á entender á su padre y á los demás que allí estaban haberle engañado á él quien le prestó la cabalgadura, pues le había dicho que era suya y no de alquiler, y tan mala, disculpando al mozo dueño de ella, que como se veía habría sido mandado de don Juan, quien á él se lo prometió, por no darle en la que de ordinario andaba. Y no dilatando el remedio que pedía el daño y tormento recibido de su tío, desistiendo con aquella droga de la ida al campo, y mas por cumplimiento que amor ni pena, le hizo llevar en una silla de manos que buscó á su casa, adonde fué en via recta, llevando un médico y cirujano que le viesen y hiciesen sangrar, como se ejecutó así, viéndole lleno de cardenales, y no de Roma. Mas Fernando lo hacía con fin de enfriarle las venas y dar con él segunda vez adonde la mula, de suerte que en tres ó cuatro dias que le duró el molimiento de los acabriolados corcovos estuvo muy al cabo de la vida, y mas con ayuda de costa de los físicos, que por voto de Guzman dieron en sangrarle muchas veces, por haberle oído á él había mas de treinta años que no se le había roto vena de su cuerpo. Pero sin embargo del buen deseo de su hijo, mejoró poco á poco, teniendo en el ínterin que cobró bastantes fuerzas á Fernando en la inteligencia y manejo de sus fraudulentos cambios, mostrándose en ello para con el dolorido convaleciente muy fiel y puntual, de donde, como á quien andaba entre la miel, sacó pegados



no pequeña cantidad de reales de á ocho, que despues desperdió en pocos dias, con cuya burla ocasionó á los chulos de la ciudad á que cantasen públicamente estos versos:

Salió la misma avaricia  
Una mañana en disanto  
En una mula mohina  
A dar langosta á los campos.  
Y conociendo la peste  
Quién llevaba cargado,  
Que hay bestias que huelen luego  
El hedor de algun contagio,  
Bailando como arliquin  
Sobre maromas de esparto,  
Al señor amo traia  
Sobre la silla danzando.  
Tomó las de Villadiego,  
Que muchos las han calzado,  
Y en lugar de obedecerle,  
Quiso quebrarle los brazos.  
A la puerta del meson,  
Que es su aposento ordinario,  
Le dijo aquello de *in terra*,  
Mas no paz, pues fué rodando.  
Entre los piés le traia  
Al misero Valeriano,  
Sin que allí le aprovechasen  
Plata ni bolsas de cuartos.  
Acuérdate que eres tierra,  
Le dijo huyendo y bufando,  
Y en la frente se la puso  
El golpe de un gran guijarro.  
Acudió la mesonera  
Compasiva de aquel caso,  
Y en pié le puso, que algunas  
A ratos hacen milagros.  
A su casa le conducen  
En una silla de manos,  
Y de seguidillas muere  
Que el hijo le está cantando.  
Que hacienda que no aprovecha  
De servir á Dios ni al diablo,  
Si no se vuelve carbonos,  
Será una causa de espanto.

Ya estaba medianamente opinado Fernando con su padre por haberle visto tan compadecido de su achaque, pues fingia querer llamar á desaffo á quien decia haberle dado tan maliciosa mula, engañando al viejo, el cual se afligió notablemente, y le rogó que dejase aquel intento, que él daba por muy bien pasados los golpes, coces y manotadas de la bestia á trueque de que no se aventurase á perder la vida en el aplazo, proponiéndole serian para él duplicadas desdichas; si bien lo hacia temiéndose de que, si era verdad el caso, como creia, matando Fernando al don Juan que habia dicho que era dueño de ella, le habia de costar su dinero, que sentiria harto; y si él quedaba en la estacada, le causaria no pequeña pena, aunque no sé si tan grande como la contraria, que oyéndole Guzman pedirle lo mismo que él habia de procurar fingir por algun camino, le dijo cesaba solo por darle gusto, aunque pensando habia de armarle otra burlesca zancadilla, si no se le estorbara, con que sacarle un par de bien embutidos talegos; mas ya que no pudo por aquel medio, no contentándose con lo que le rapaba en lo que vendia, y siendo sucesor entrar á ser dueño de todo, la ejecutó en la forma que se dirá.

Sabia el bellacón de Fernando cómo Valeriano tenia

un hermano en el ducado de Borgoña, de donde era natural, el cual habia que no comunicaba con él mas de veinte años, á causa de haber estado en varias y dilatadas provincias, donde no tenia seguridad de tiempo para entablar continua correspondencia con él, si bien guardaba algunas antiguas cartas suyas entre muchos papeles que los dos habian manejado, de donde con linda maña contrabizo la firma en una que escribió falsa, y la llevó y echó por una rejuela en la sala que el correo mayor de la ciudad tenia, donde recibia y daba las que llevaban y traian sus diligentes postillones sobrescrita para Valeriano; y hallada que fué por el oficial del despacho, la puso entre las demás del número de Gibraltar, que era el dia que habia llegado aquella posta, imaginando que al sacar las demás de la balija se habia caido en el suelo; y viéndola entre las otras en el usado cartel que llegó á mirar el engañado viejo, que buscaba las que le venian de sus correspondientes, la tomó, y abierto que la hubo, se le fué á los ojos la asimilada firma de su hermano, y sobre tantos años que no habia sabido nada de él, se alegró sumamente, y daudó de mano á muchas que tocantes á sus cambios habia recibido, leyó la fingida, si de él creida por verdadera misiva, que comenzaba como se sigue:

«Hermano y señor mio: Porque no pide la priesa y riesgo en que me hallo dilacion, no me alargo en esta mas que á dar cuenta á usted como desde la provincia de Sicilia y puerto de Mesina, sin intencion ni registro para tomar este, me ha traído el tiempo y fortuna á él, donde habiendo escapado del naufragio, cuando no procuraba salvar mas que la vida, fué Dios servido que no perdiese mi caudal, que serán hasta cincuenta mil ducados en mercaderias, tan corrientes como poco voluminosas, para cuyo cobro necesito que nos veamos con brevedad; y porque quedo con un fatigado achaque, de que no queria dar cuenta por la pena que sé recibirás, mas considerando tendré mejora de bienes y salud solo con el gozo de nuestra comunicacion, por prometérmela temprana, si dilatada á mis deseos, no hiperbolizo ni canso. Salud, etc.

» Gibraltar, 18 de mayo.

» GUILLERMO BATIBILA. »

Y luego que dió fin á la falsa firmada, le saltaba el codicioso corazon de placer, no por ver á su hermano, de quien no ponía duda que era, sino por entrar de hecho al manejo de aquel número de ducados que referia y hacer con ellos veinte montas mayores de marca cada hora; y ya se consideraba con lo que él tenia pobre y descaudalado, anhelando con ansia de agarrar lo que pensó verdadero. Y así que muy al disimulo se le puso delante Fernando, le dió parte de todo con grandísima alegría, diciendo no adquirirla por otra cosa mas que á él le quedase con que sustentar el honroso pundonor en que su natural le habia puesto, juzgándose dueño de lo que cuando fuera verdadero era ajeno; á

que Guzman le respondió que lo estimaba como debia, y mas por conocer á su tío, de quien tantas veces le habia oido referir sucesos varios, tratando de que no se dilatase el viaje, que era lo que á él le importaba; y aunque se halló Valeriano embarazado con haber de dejar su casa y almacen sin la guarda conveniente, cosa que le entibiaba su placer, dieron orden de variar las mercaderias de él; y por no dejar en confianza á nadie venderlo todo si hubiese quien lo pagase de contado, ó aunque fuese la mitad al fiado, como en dos ó tres dias, por solicitud y disposicion del mañoso hijo se hizo y entregó á Fabricio Távares, un rico portugués, quien se obligó despues de pagado lo que de presente pudo, por el resto que quedaba que lo ória á Fernando dentro de un año, de que le otorgó escritura. Hizolo así el civil avaro por haber visto en él las simuladas y de él ignoradas muestras de recogimiento, queriendo por aquel camino, haciendo de ladron fiel, asegurarle y darle á entender eran principios de lo que deseaba acreditarle, con que se saboreaba el gastador mancebo. Y de esta suerte efectuado, quedó la des poblada casa con solo el anciano fuste y malas ordinarias alhajas que tenia, reduciendo toda la plata y joyas que estaban sepultadas por mano de Valeriano á estimados doblones por moneda de menos bulto y embarazo, y porque con ellos llevaba pretension yendo á puerto de tantas ocasiones, si acaso la hallaba á su propósito, arrojarse á hacer un grueso empleo con que acrecentar seis ó ocho mil ducados, á mas de cuarenta mil, que eran los que en nueve talegos que encerró en una fuerte, si no moderada, arca de incorruptible cedro, donde pensó que iban bastantemente seguros; y de este modo dispuesto, encargando el cuidado de aquella que quedaba desierta morada á la antigua sierva, una tarde se embarcaron en el rio Guadalquivir en una fletada y bien dispuesta falúa, y en menos de veinte y cuatro horas se pusieron en la ciudad de Sanlúcar de Barrameda, adonde, procurando pasaje para Gibraltar, hallaron un barco luengo, capaz y famosamente aderezado, que iba de allí á cuatro dias á aquel puerto á cargar de diferentes mercaderes cantidad de hacienda.

En estos pues ordenó Fernando que á la posada donde se habian aposentado, como que iban á visitarle á él, fingiendo conocimiento antiguo, fuesen dos maestros, uno de carpintero, y otro de cerrajero, y con atencion vieses la velada arca, aunque estuviese allí su padre, que un punto no se desviaba de junto á ella, y á toda priesa hiciesen otra de su mismo tamaño, chapeada como estaba, y de suerte que de la vista á la que habian de hacer no hubiese diferencia, prometiendo pagarles la apresurada diligencia, trabajo y secreto, que les encargó guardasen, diciéndole al cerrajero que en cuanto á las guardas y tamaño de la llave fuesen las que pedía una que él le dió, que fué de las que antiguamente habia falseado, para que haciendo la de su padre á la nuevamente forjada arca, dudase la causa del suceso que le parecia. Y con esta instruccion dentro de dos dias la tenian los bien pagados artífices hecha tan

N-II.

asimilada en tamaño, madera, labor y color, que no habia diferencia de una á otra; y sin mas dilacion, llenándola parte de trapos viejos y pedazos de pesada madera, carbonos y tierra, de suerte que no excediese al peso la otra, poniéndole sobre todo ello un atemorizador epitafio, la cerraron y dejaron cual los cofres del Cid en casa del herrero hasta la hora que conviniere su movimiento.

Descubrióse Fernando al arraz del barco, diciéndole que por haberle hallado persona de capacidad y secreto le fiaba el suyo, contándole el deseo que de quitarle el oro trocándole la caja al guardoso viejo tenia, pidiéndole favor y ayuda para ello, prometiendo pagarle espléndidamente, y que facilitándole él, no tenia que tener escrúpulo de ello, pues por ser su padre y sin otro heredero interesado, bien podia arrojarse á hacerle aquel tiro, que todo al cabo de sus dias habia de ser suyo, y solo se adelantaba á quitárselo por verle tan mezquino, y que no le acudia con lo necesario para sus gastos, y otras tramoyas, como formadas de su fraudaloso y sutil ingenio. Y viendo el maestro de la hija de Neptuno su proposicion, asentaron que el dia y hora que se hubiesen de partir enviase la suya á bordo del barco, la cual esconderia de manera que no se viese; y luego á la primera noche de la navegacion, dormido que fuese Valeriano y marineros, entre los dos con linda maña se la quitarian de junto á los piés del cadelecho, donde decia que la habia de llevar, y le pondrian en su lugar la sin provecho, dándole por memoria á Fernando que en Gibraltar, llegados que fuesen, la habia de entregar en una casa que le señaló, donde acudir por ella pudiese cuando quisiese, sin que le faltase un clavo de todo, con que quedó contento el mancebo, quien sin otra dilacion envió la arca que él mandó hacer, recibíendola el barquero y poniéndola adonde ordenado tenian. A la siguiente mañana trató de partirse, disponiéndose Guzman y su padre con buen y sobrado matalotaje, como cosa que él habia comprado para regalarse, y al ir refrescando la tarde los recibió el asaltado cristal en sus hombros. Fueron navegando con favorable galerno toda aquella noche, en la cual usaron el arraz y Fernando de su confederado arbitrio; y al ir sacando el arca de los doblones y á ponerle la de las inmundicias pareció que entre sueños decia Valeriano: Llénvelo, que como se ganó se va. Ellos entendiendo que los habia oido respondieron: No la llevamos, sino la mudamos hácia la proa por igualar el peso al barco; ¿quiere vuesa merced que lo hagamos? Y como no respondió mas, aunque prosiguieron en quitarla y poner la otra, se llegó Guzman á él y le tocó, y como vió que dormia y habia hablado soñando, y no á ellos, aunque á propósito en el delito que ambos cometian se aseguraron del temor que habian cobrado de ello.

Dieron fin con brevedad á su navegacion llegando á Gibraltar, y tomando posada, si bien al archivo del oro se la dió el arraz y piloto en la parte que habian conferido. Y deseando Valeriano saber dónde se aposen-



taba Guillermo, su hermano, el cual tenia y creia, como hemos dicho, que le llamaba, preguntándole al huésped de casa, y si sabia de unos mercaderes que derrotados pocos días habia, habian llegado allí desde Mesina, le dijo cómo aquella naveta se habia vuelto á hacer á la mar el día antes á causa de haber tenido los interesados en ella una muy gran discordia con el corregidor, y estado á riesgo de haberles dado por perdido todo lo que traian, imaginando el informador mesonero que otra á quien le habia sucedido lo que le contaba era la por que preguntaban; de que Valeriano recibió grande pesar por entender haber perdido algun gran pillaje; y aunque muy dolorido de ello, creyó esta nueva por ser mala, si bien Fernando se holgó mucho por venirle aquello á su propósito para encubrir su traza dada, cuando de él algo se sospechase. Y saliendo otro día de casa, se informaron mucho mejor de algunos hombres, ricos mercaderes, á quienes se dió á conocer diciéndolos á qué habia ido, y le respondieron lo mismo que su huésped, aunque no le dieron relacion del conocimiento de su hermano, porque dijeron que no habian estado los cargadores del navío en la ciudad mas que dos días. Sintiólo mucho el desvanecido extranjero, y su bastardo hijo tambien mostraba sus ceremonias de disgusto, diciendo que lo causaba el ver así á su padre, con que el ansioso Valeriano aun tenia necesidad de consolarle; y queriendo volverse á Sevilla, trazaron de no hacerlo sin emplear el caudal que llevaron en algunos géneros que de extraños reinos habia en aquel puerto para restaurar los gastos del viaje, y menos valor de la hacienda que habian vendido, y á todo callaba Fernando, el cual se reia de las proposiciones de su padre, quien en breve espacio efectuó hasta cuarenta mil ducados de plata, comprando cosas ricas y varias, de que juzgó sacaria una gruesa ganancia; y dejando en casa de sus dueños la hacienda apartada hasta remitir á cada cual lo que se debiese en los bien bruñidos doblones que pensó tenia en la posada, yendo á ella, y abriendo la trocada arca, halló sobre las sucias y referidas inmundicias un pedazo de bayeta negra con una calavera de papel blanco curiosamente cortada, y cosida con dos huesos hechos de lo mismo en forma de cruz, y todo como Fernando lo habia puesto, y unos versos que decian:

Luego que de aquella caja  
Se convirtió su metal  
En este civil caudal,  
Se vistió aquesta mortaja:  
Tu codicia aquí se ataja,  
Valeriano, pues se queda  
Mal comida y sin moneda;  
La avaricia la ha causado;  
Y así, en su mismo pecado  
Pobre y castigado queda.

Falto de razones se halló el confuso viejo, y tanto, que cayéndose de su estado, dió un gran golpe desmayado en la tierra, á que Guzman acudió con fingidas lágrimas, dando voces á la gente de la posada, que subió arriba; y sabiendo lo pasado y viendo atemorizado

y lastimado al cauteloso mozo, se maravillaban del caso, y animándole como si lo hubiera menester, hizo que volvía en sí, y Valeriano con temerarios suspiros decía: ¡Ay hacienda mia, y cuánto os habia yo guardado! Y ayudábale Fernando con otros clamores al mismo tono, haciéndose muy del compadecido diciendo: Yo soy quien pierdo todo esto. Y conociendo los presentes que mas convenia se acordase su padre del alma que no que imaginativo en su pérdida se enajenase del juicio con el pesar de ella, llevado de la aprension de aquella falta en que el demonio ayudaria su parte para apoderarse de él, le comenzaron á exhortar en que no se acordase de los bienes temporales de esta vida, pues eran perecederos y sin provecho, y más cuando no se usaba bien de ellos, sino que sosegado su espíritu, puesto en la verdadera riqueza, que es Dios, le pidiese buena muerte y conocimiento con dolor de sus pecados; y haciendo á su hijo que le desnudase, se halló arrepentido de haber hecho aquel robo, viendo el espectáculo de su padre, que no entendió sucediese tal, si bien por no afrontarse no quiso volver el dinero, aunque pudo; y llevando á la cama al viejo, le miró quieto un rato, no tardando de saberse en toda la ciudad aquel caso, de que echaban unos y otros varios juicios sabida la vida del enfermo extranjero.

Llegó tambien á noticia de los mercaderes que le habian vendido la cantidad que se oyó, con que se hallaron desistidos del efecto del trato; y tambien lo supieron algunos religiosos, que en un instante llegaron á la posada de Valeriano, á quien hallaron fatigadísimo y solo con su hijo y causador de su daño que le acompañaba; y viéndole que todo era suspirar por su dinero, los virtuosos varones le amonestaron se divirtiese de aquel pensamiento, y hicieron que con uno de ellos se confesase con mucho dolor de sus culpas y que diese grandes gracias á nuestro Señor por todo lo que le habia sucedido, como lo hizo con muestras de un verdadero arrepentimiento. Y luego al punto habiendo sido visitado de un docto médico, quien dijo que la fiebre de aquel repentino achaque le habia accidentado y maltratado el corazon, y que le sentia muy falto de pulsos, y ordenó que le diesen los santos sacramentos, como sin dilacion se ejecutó, y hizo su testamento, dejando por heredero de los pocos bienes que pensó le habian quedado á Fernando, y luego aquella noche murió; con que el travieso mancebo, haciendo excesos de público sentimiento con muestras de mucho amor, le hizo un grandioso entierro y decir muchas misas por el alma de su difunto padre, para quedar acreditado, viéndole tan compasivo y pesaroso. De allí á cuatro días trató de volverse á Sevilla, habiendo pagado todos los gastos hechos con el valor de unas vueltas de cadena que de ordinario traia el viejo debajo de la ropilla. Y hablando con el patron del barco, le dió nueva de aquel caso, y le aseguró mas el que no tenia que formar escrúpulo en lo del arca, pues ya como á hijo heredero le competia, si bien habia muerto el dueño de ella con la ayuda de costa del susto que se le dió; y sabiendo que

aquella tarde se habian de partir, asentando que sin embargo se metiese la arca con todo secreto para conducir la riqueza de ella á su poder, sin temor de persona alguna que se lo estorbese, no reparando en el de Dios, que justamente juzga las obras de los mortales; y así, aquella noche dieron la gruesa lona al viento, y apenas habian entrado una legua á la mar, cuando les sobrevino impensadamente una furiosa tempestad que los tuvo anegados, clamando á Dios y á sus gloriosos santos por el favor y misericordia que con los pecadores usa, ofreciendo unos y otros enmienda de sus vidas, misas y visitas de milagrosos santuarios, con que fué Dios servido se aplacó la tormenta y castigo que les amenazaba; y habiendo amanecido, se hallaron mas de veinte leguas la mar afuera para donde habian puesto la proa la noche antes, aunque con poca vela, por no dar á la costa, donde se harian pedazos; y viéndose desvalidos, porque cuanto habia en el barco habian echado á la mar y el arca de la riqueza, pues el arcaz decia que ella era la causa, como otro Jonás, de su trabajo, muy enojado con Fernando porque le habia metido en ello, adonde dieron con dos galeotas de moros cosarios, que embistiendo con ellos con poca fuerza, los cautivaron á todos, y llevaron á la ciudad de Argel á tan buen tiempo, que estaba un religioso de la orden de la Merced tratando del rescate de muchos; y procurando Fernando verle por saber habia ido á consolar los cristianos presos, que luego corrió la voz del pillaje, le dijo cómo tenia en España cantidad de hacienda con que poder pagar lo que por él diese, y le ofrecia añadir algo mas para ayuda á aquella limosna, rogándole con grandísimas muestras de afliccion procurase sacarle entre los demás rescatados, haciendo que los demás compañeros tambien se lo pidiesen, y particularmente al patron del barco, el cual le dijo al padre redentor cómo era hombre poderoso Fernando, y que le habia prometido á él enviarle luego que volviese á Sevilla lo que costase el sacarle de allí, por haber conocido tener tanta culpa en aquella desgracia á todos sucedida; con que el compadecido conventual trató luego con el amo de Guzman, que ya estaban él y todos los demás repartidos, del precio de su libertad; y dándole trescientos ducados de plata, quedó en su compañía libre, y los demás por falta de dinero apasionados y puestos en público pregon; y volviéndole á asegurar Fernando á su arcaz que no se descuidaria de enviar por él, de allí á dos días se embarcó en compañía del religioso con todos los redimidos, si bien él fuera del número de la limosna, como tratado habian. Llegaron á Orán, y de allí á Sevilla, donde habiendo ido el mancebo á la casa de su difunto padre, se apoderó de ella como de cosa suya, si bien se lo procuró resistir Elena, que ya habia sabido la muerte y suceso de su amo, diciendo que aquella posesion la habia comprado su señor con dinero que ella le habia dado á guardar recién venido de su patria muy pobre; y como Guzman no enseñaba los papeles y testamento que habia sacado en Gibraltar por habersele perdido con lo

demás en el naufragio, hacia piernas la embelecadora vieja; pero con el primer correo escribió Fernando al mesonero donde habia muerto su padre, á quien habia dejado bien pagado; y dándole cuenta de sus trabajos, le envió otro traslado del testamento del difunto avariento, con que se frustró el intento de la engañosa Celestina, que pretendia por aquel camino tomar venganza de la mala tercería que el mozo la habia hecho en el lance del amancebamiento; y vendiendo Fernando la escritura de obligacion que el portugués le habia otorgado de las mercaderías cuando fueron á Gibraltar, le dieron aquella cantidad, si bien con algo de pérdida por haber de esperar el que la tomó á que se cumpliera el plazo. Remitió Fernando al padre redentor la cantidad de su rescate y mil reales mas de limosna, cumpliendo su palabra, y con lo que le quedó, sin acordarse de la dada al patron del barco, volvió á continuar sus malos vicios y gastos, como si no hubiera visto el rostro airado de la fortuna y el pago que el mundo ofrece sin temor de la ofensa de Dios, cuando en menos de dos meses jugó y gastó todo su caudal, y solo quedaba la lóbrega casa, desierta de toda compostura y puesta en almoneda; y el desdichado patron metido en una mazmorra despues de haber perdido su barco y hacienda, sin tener razon de su libertad, que hubiera intentado por otros medios si Fernando no se lo hubiese prometido, aunque le habia escrito dos ó tres cartas que habia recibido encaminadas por Orán, no habia hecho caso de ellas; de manera que considerando el trabajado cautivo que no le respondia ni hacia caso de él, le escribió á un grande amigo suyo lo que pasaba para que le disculpase con los dueños de la hacienda que habia cargado, y cómo aquel mal hombre, despues de haber sido causa del daño de tantas personas, pues él no lo atribuía á otra cosa, no habia cumplido con la palabra que le habia dado de enviarle para su rescate, pidiéndole se viese con él y le hablase sobre aquel caso.

Ejecutóse así, y sacado Guzman al campo por el conocido del patron, le fué pedida la causa de aquel descuido que se le escribia; pero Fernando, que se hallaba como aburrido de verse cada día con malos sucesos, le respondió tan agriamente con tanta cólera, que obligando al contrayente que delante tenia á sacar la espada, y él la suya, recibió dos estocadas que le dió el contrario; y llevado á su casa por la gente que acudió, no se pudo averiguar quién se las habia dado, por haberse ahuyentado con priesa el agresor, ni él querer por su propio honor decirlo, por no sacar á luz las tramoyas pasadas, aunque estuvo muy apretado de las heridas. Mejoró un poco, y haciendo venir allí á su amigo don Tomás, que ya era sacerdote, abrevió en la venta de las casas, como se hizo en cantidad de cuatro mil ducados, y de ellos remitió el rescate del arcaz, que fueron doscientos y ochenta en plata, por orden del mismo padre redentor que á él le habia traído, como quien sabia en la parte que estaba, y dos mil gastó en misas y sufragios por su alma y la de su padre, y